

El crecimiento en importancia de la zona Sur fue realmente espectacular en estos años; merced a sus producciones se pasa de una situación nacional deficitaria a otra excedentaria: de la necesidad de recurrir a las importaciones, a tener que plantear seriamente la salida a los mercados internacionales. En el lustro que va desde la campaña 1967-68 a la de 1972-73, las condiciones variaron sustancialmente. El Duero perdió peso en términos relativos y se estancó, prácticamente, en términos absolutos, pues tan sólo consiguió 80.000 Tm más de cupo. En este lapso la expansión del cultivo remolachero en el conjunto nacional corrió a cargo de la zona Sur y se reavivaron los temores, viejos ya, al carácter itinerante de las fábricas azucareras y, con ellas, del cultivo.

Sin embargo, la realidad mostraba que la tendencia empresarial había consolidado sus emplazamientos en el Duero; de esta consolidación y de los impulsos surgidos de nuevas y dinámicas experiencias en la transformación industrial de la raíz, se había derivado un paralelo incremento de las siembras y producciones de remolacha.

4. AMPLIACION DE LA CAPACIDAD DE MOLTURACION Y REAJUSTE EMPRESARIAL DURANTE LOS AÑOS SESENTA

Durante los sesenta se consolida y fortalece la estructura industrial-azucarera del Duero, dando asiento al mayor número de establecimientos industriales del país, en clara consonancia con el desarrollo del cultivo. Pero la ampliación y creación de fábricas, que apenas se han modificado hasta nuestros días, se realizó a la par de un reajuste empresarial sin precedentes, que acentuó la concentración de los negocios en manos de las tres sociedades más importantes del sector. Sin embargo, al final del período se puso en marcha un proyecto empresarial novedoso y largamente esperado en el Duero: la fábrica cooperativa.

a) La insuficiencia de la capacidad fabril a comienzos de la década

La necesidad de ampliar la capacidad de molienda del Duero se veía como un hecho incontestable desde las primeras campañas de los sesenta. Tras una década de aumento constante de las producciones de remolacha, las sociedades industriales se fueron adaptando a las necesidades de la demanda de azúcar; unas veces, modernizando y ampliando sus instalaciones; otras, construyendo nuevas fábricas en las comarcas más pujantes. Al final, en los albores de la década de los sesenta, la capacidad de molturación de la zona Duero ascendía a 15.000 Tm/día. No obstante, las dimensiones eran variadas (Vid. cuadro 66); en la región funcionaban algunas de las mayores azucareras del país, como la Bañeza o la Azucarera del Duero en Toro, con una capacidad de 2.200 y 2.000 Tm/día respectivamente, pero otras tenían un tamaño reducido, como la Azucarera del Esla o la de Gamonal con 650 Tm/día, y Peñafiel 750 Tm/día. El resto se situaba entre 1.000 y 2.000 Tm, aunque más próximas a la primera cifra. Dentro de las tres zonas durienses, la zona quinta —la leonesa— disponía de una mayor capacidad, por la ampliación, realizada a finales de los cincuenta, de las fábricas de la Bañeza y Toro; en total 7.550 Tm/día. La zona cuarta sumaba 6.800 Tm/día, con sus principales fábricas en Venta de Baños — 1.800 Tm/día— , Aranda y Monzón de Campos. Por último, la zona décima —Burgos— alcanzaba 650 Tm/día.

Más expresiva resulta la distribución por Sociedades azucareras, aspecto trascendental para entender el reajuste empresarial de los sesenta y que prácticamente perfila el mapa de la industria hasta nuestros días. Ciertamente, el pacto entre sociedades de 1953 había supuesto un compromiso de equilibrio en el panorama industrial azucarero. Cada una de las cuatro existentes tenía una fábrica en las dos zonas más importantes; así, en la zona cuarta, la Sociedad Industrial Castellana tenía la de Sta. Victoria; ECAYA contaba con la Azucarera de Castilla; CIA con la fábrica de Aranda de Duero y SGA con la de Monzón. En la zona quinta, dichas

sociedades tenían, respectivamente, la fábrica de Santa Elvira, la Azucarera del Duero, la Azucarera de la Bañeza y la de Veguellina. Quedaba otra sociedad, en realidad una “extensión” al 25% de las anteriores — Azucareras Castellanas— con tres instalaciones fabriles, una por cada zona: la fábrica de Peñafiel en la cuarta; la de Benavente (Azucarera del Esla) en la quinta y la de Burgos, en la décima.

Existía un equilibrio pactado para evitar la competencia ruinosa de los años cuarenta, que había dado sus frutos durante una década pero que ahora se agotaba: once fábricas estratégicamente localizadas, con sus áreas de influencia bien delimitadas. No obstante, este reparto de establecimientos no se correspondía con la capacidad de molturación, (Vid. cuadro 67), dado el auge de las Sociedades de implantación nacional frente al declive de la única regional. ECAYA y CIA, con 3.800 y 3.700 Tm/día respectivamente, disponían de la mayor capacidad, en función de la importancia de las fábricas de la Bañeza y de Venta de Baños; entre ambas, acaparaban el 50% de la molienda en la región. Las seguía la SGA, con 3.000 Tm/día y, ya alejada, con 2.450 Tm/día la SIC, que, además, atravesaba serias dificultades internas que abocaron a su desaparición. Por último, Azucareras Castellanas distribuía entre tres fábricas su poco más de 2.000 Tm/día de capacidad, la mayor de las cuales (Peñafiel) tenía 750 Tm/día.

A pesar de que el Duero contaba con la máxima capacidad fabril, era insuficiente para absorber con fluidez, sobre todo en las mejores campañas, la remolacha contratada, por lo que la duración de la molienda se prolongaba a lo largo de 130 días, desde mediados de octubre hasta febrero e incluso marzo (Vid. cuadro 66). En el resto de las zonas, y en estas mismas fechas, la duración media rondaba los 78 (Ebro y Centro) ó 79 (Andalucía) días. En el Duero se prolongaba excesivamente, por falta de capacidad de recepción y de molienda; y, aunque no presentaba serios problemas industriales, pues la raíz se conservaba relativamente bien y su permanencia en la tierra o en los silos apenas hacía disminuir la riqueza sacárica, para los cultivadores era exasperante: mantener durante tanto tiempo la raíz en las parcelas suponía, en

muchos casos, la imposibilidad de sembrar otros productos durante la campaña siguiente:

“lo reducido de los cupos y lo adverso de la climatología (sic), hacen que estemos a estas alturas [febrero de 1960], casi a mediados de la campaña, en fecha que ya debía estar terminada; y mientras la raíz se hiela, el exceso de humedad la pudre o sale con barro, el cultivador sufre —exclusivamente— las consecuencias y tiene que contemplar sus mejores tierras incultas”⁶².

La evolución ascendente en la producción de raíz motivó que la Administración elaborara un programa de ordenación y modernización de la industria azucarera, que se plasmó en la creación, en 1961, de una Comisión Interministerial que se planteaba

“el estudio de la implantación de nuevas fábricas, la supresión de aquellas cuyo rendimiento no sea admisible, la concentración de las que por su capacidad y circunstancias lo hagan aconsejable, la ampliación y renovación de equipos en las ya instaladas, y en general, la adopción de cuantas medidas puedan contribuir a mejorar el rendimiento y reducir los precios de coste, teniendo presente no sólo la influencia del proceso en las propias unidades de fabricación, sino también los demás factores que directamente afectan a esta actividad”⁶³.

Evidentemente, esto suponía la voluntad de emprender una política azucarera capaz de adecuarse a las nuevas condiciones económico-sociales derivadas del Plan de Estabilización, y que, desde el punto de vista industrial, se basó en el aumento de la capacidad instalada, renovación del utillaje y mejora de los rendimientos industriales, con importantes repercusiones en el Duero.

Así, durante las campañas siguientes, sobre todo a partir de la Ley sobre revalorización del azúcar de 1963, se acometió, de manera paulatina, una adecuación fabril de envergadura. Adecuación a los nuevos requerimientos de la demanda

⁶² EL NORTE DE CASTILLA: “Más sobre la remolacha”, Jueves, 8 de febrero de 1960. pág. 6.

⁶³ EL NORTE DE CASTILLA: “Ordenación Azucarera. Instalación, cierre y concentración de las fábricas de azúcar”, 5 de diciembre de 1961, pág. 5.

que pasaba, por una parte, por la ampliación y modernización de las fábricas instaladas y, por otra, por la nueva implantación de industrias, proceso que acabó en una concentración empresarial, el reforzamiento del grupo ECAYA y el surgimiento de una nueva forma de empresa, la cooperativa.

b) La progresiva ampliación de la capacidad de las fábricas y la instalación de nuevos asentamientos

La ampliación y modernización de las fábricas fue una constante en todos las empresas azucareras del Duero en estos años. El volumen de inversión para las ampliaciones determinaba que fueran las sociedades más solventes las que con mayor prontitud las acometieran. Y es que no debemos olvidar que en estos años se estaba produciendo un verdadero reajuste industrial en el conjunto nacional, pues mientras se desmontaban buena parte de las fábricas del Ebro las empresas centraban su capacidad inversora en las otras dos zonas emergentes, pero con diferente orientación: en la zona Sur predominaba, por su carácter “nuevo”, la instalación de modernas y grandes fábricas; en el Duero primó la ampliación y modernización de las ya existentes con el objeto de incrementar los rendimientos y la productividad industrial. Esta diferente estrategia explica que, sin prácticamente incrementarse el número de fábricas, la capacidad de molturación aumentara considerablemente en el Duero: si en la campaña 1961-62 existía una capacidad instalada de 15.000 Tm/día, en la de 1966-67, era ya de 22.050 Tm/día, mientras que en 1971-72, es decir, una década más tarde de la campaña tomada como referencia, la capacidad se había duplicado: 29.500 Tm/día.

Por zonas, la cuarta, con 14.830 Tm/día, se ha convertido en la principal área remolachera de la región (el 50%), acomodando así su infraestructura fabril a la pujanza del cultivo; por su parte, la quinta, con 13.820 Tm/día, mantiene un 46% del total regional (diez años antes estos valores relativos eran, respectivamente, del 45% y del 51%). Por último, la zona

décima, Burgos, conserva su carácter marginal durante estos años, lo que de alguna manera preludia su inmediato cierre.

Por otro lado, se produjo un incremento del orden de 1.000 Tm de capacidad instalada por fábrica, si bien destaca Peñafiel, que pasó desde las 750 Tm en 1961 hasta las 2.400 Tm/día una década más tarde. Paralelamente se llevó a cabo una profunda modernización del equipo industrial; se empezaron a montar los equipos de recepción y descarga automatizada de remolacha (ante el empuje y la necesidad de la recepción directa en la propia fábrica), la instalación de laboratorio para el pago por riqueza, modernización en los procesos de difusión, depuración, evaporación, prensas, secado de pulpa, almacenamiento de azúcar (con la instalación, como novedad, de silos para el almacenaje del azúcar a granel frente a los almacenes), etc. Con ello, el rendimiento industrial se fue acercando a los niveles teóricos de 130 kg de azúcar por Tm de raíz con 16.^º de sacarosa, es decir, un rendimiento medio industrial del 13%; no obstante, la realidad estaba todavía lejos de alcanzar estas cotas, aunque la renovación de las máquinas permitió cubrir el desfase en pocos años.

Como corolario de todo este proceso, la capacidad de recepción y de trabajo aumentó considerablemente (Vid. cuadro 68), de tal forma que la duración media de la campaña azucarera se redujo de una manera sustancial. Si a finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta en las fábricas del Duero sobrepasaba los 130 días, para una contratación de casi un millón de Tm menos, una década más tarde (considerando la media obtenida entre 1969-72) la campaña se había reducido hasta 100 días, salvo en el caso de la cooperativa ACOR, que, en virtud de su elevado nivel de contratación y la escasa dimensión media de la fábrica, se vio obligada a prolongar su campaña un mes más que el resto de las fábricas (Vid. cuadro 69). Se trataba, por todo ello, de incorporar las modernas técnicas industriales en un contexto de mayor apertura y posibilidad de efectuar la compra en el exterior.

Las mayores fábricas seguían estando en la zona leonesa: Sta. Elvira, Toro (3.000 Tm/día) y la Bañeza (2.850 Tm/día), y se había incrementado el tamaño medio por establecimiento

desde las 1.510 Tm/día y fábrica, a las 2.300 Tm/día, y desde las 1.360 a las 2.470 Tm/día, en el caso de la zona castellana. Pero se desenvolvían en unos niveles muy alejados de los óptimos, e incluso de los que ya tenían las fábricas andaluzas, pues en estas mismas fechas funcionaban fábricas en Córdoba, Sevilla y Cádiz, que superaban las 3.800 Tm/día (la Rinconada) y llegaban incluso a alcanzar las 5.000 (Azucarera del Guadalcacín). Las diferencias en cuanto a la estrategia industrial eran, por tanto, bien distintas en las zonas meridionales, donde las instalaciones de nueva planta permitían una mayor dimensión con respecto al Duero, donde las instalaciones, antiguas y muchas veces localizadas en enclaves urbanos, dificultaban la mayor ampliación. Sin embargo, eran otros factores los que explicaban las limitaciones para adoptar un modelo semejante al del Sur. Las fábricas se habían ido asentando en las escasas comarcas de regadío existentes y dentro de un marco de fuerte competencia empresarial; cada instalación había sido concebida como un movimiento estratégico para hacerse un hueco en el reparto de la materia prima. A la larga, el establecimiento de fábricas próximas y pertenecientes a diferentes grupos imposibilitaba un crecimiento racional de su capacidad porque no se disponía de la suficiente remolacha como para amortizar las inversiones. El modelo del Duero no se ajustaba a una perspectiva productivista. Este es un aspecto que conviene retener, porque los problemas de esta estructura industrial vendrán más adelante.

Y es que a este incremento de capacidad del Duero también contribuyeron fábricas de nueva planta. En efecto, en la década de los sesenta y al amparo del decreto de 26 de enero de 1963, por el que se liberalizaba la instalación de fábricas, su traslado y ampliación, se pusieron en marcha dos nuevas azucareras: una en Salamanca, la Azucarera del Montalvo, y otra en Valladolid, la Azucarera Cooperativa Onésimo Redondo. La primera inició su actividad en la campaña 1966-67, teniendo como área de abastecimiento los regadíos del Tormes y Agueda, así como los de Peñaranda, Babilafuente, Arabayona, Cantalpino, etc.; mientras que la segunda, que inició su actividad en la campaña 1967-68, poseía un área de influen-

cia muy extendida, aunque destacando en la provincia de Valladolid. Así, mientras en el primer quinquenio de los sesenta, el incremento de la capacidad de molturación en el Duero se debió a la ampliación de buena parte de las fábricas existentes (seis de las nueve ampliadas lo hicieron en estas fechas), en el segundo quinquenio (y primeros años setenta) el aumento se debió a estas nuevas instalaciones, así como a la modernización de la antigua fábrica de la Sociedad Industrial Castellana en León (Sta. Elvira) y de Castellanas (Peñafiel). Este hecho no es casual, pues existía una clara armonía entre el ritmo de adecuación de las instalaciones fabriles a las pautas de producción y la nueva relación de fuerzas que a nivel empresarial se estaba organizando en el Duero. Aspecto constatable a comienzos de los setenta, cuando ECAYA, sola, poseía 6 de los 13 establecimientos industriales de la región y acaparaba el 50% de la capacidad de molturación; el resto se lo repartía CIA, con tres fábricas y el 23% de la capacidad; SGA, con otras tres y el 19%, y ACOR, con una fábrica y el 8% (Vid. cuadro 70). La reestructuración industrial de estos años corre, pues, pareja a una reordenación empresarial en la fabricación de azúcar en el Duero.

c) El importante proceso de reordenación empresarial de los años sesenta

Los años sesenta representan uno de los períodos más interesantes en el panorama de reestructuración empresarial en el Duero, no desligable de los programas de planificación indicativa del período desarrollista. La política azucarera insistía, desde el punto de vista industrial, en la necesidad de establecer una adecuación de las estructuras productivas a los niveles de demanda interna con el objetivo último de conseguir el autoabastecimiento de azúcar.

Pero un proceso de reestructuración de tal envergadura y que requería una inversión tan cuantiosa, no se podía realizar sin modificar las bases empresariales, empezando por la empresa más débil: Azucareras Castellanas, SA.

Los intereses en juego a la hora de ampliar los negocios azucareros ante la fuerte expansión del consumo, tenían que plantear, necesariamente, conflictos entre las empresas, toda vez que lo que entonces se debatía era la toma de posiciones y la creación de un entramado industrial para hacer frente a un negocio muy rentable. Este hecho no hay que desvincularlo de la normativa que regulaba la libertad de instalación, ampliación y traslado de industrias del anteriormente aludido Decreto 157/1963 de 26 de enero, por el cual, siempre que se dieran unas condiciones mínimas⁶⁴, una empresa podría establecer o ampliar sus instalaciones. Ante el empuje que el regadío y la remolacha estaba tomando en el Duero, no era de extrañar que las principales sociedades considerasen la conveniencia de consolidar las factorías y abrir otras nuevas. En un primer estadio se tendió hacia la ampliación de las fábricas existentes y controladas por una sola empresa, frente a las mayores dificultades de ampliación de las compartidas, como ocurría en el caso de las fábricas de Castellanas, con las plantas de Burgos, Peñafiel y Benavente, cuya modernización se retrasó.

Ante la rémora que representa esta sociedad en una coyuntura fuertemente expansiva, se entiende su liquidación en 1964 y, como resultado, el reparto de sus fábricas y nuevos compromisos de localización y reparto de áreas de abastecimiento⁶⁵: la Azucarera de Peñafiel pasó a manos de ECAYA; el control de la Azucarera del Arlanzón (Burgos), recayó, por absorción, en la Sociedad Industrial Castellana; la fábrica de Benavente pasó a la Sociedad General Azucarera y se capitó al otro socio al 25% —Compañía de Industrias Agrícolas— para instalar una nueva planta en Carbajosa, en las proximidades de Salamanca, que, como hemos indicado, comenzó a funcionar en la campaña 1966-67.

⁶⁴ Estas condiciones aparecen tipificadas, para el caso concreto de la industria azucarera, en la Orden del 16 de marzo de 1963, punto 4.

⁶⁵ Los aspectos relativos a las implicaciones que tiene el cierre de esta sociedad han sido elaborados a partir de la información extraída de documentos no catalogados de los archivos de la SIC amablemente cedidos por D. José María de la Cuesta (Valladolid).

De este reparto y de los intereses de cada sociedad depende el futuro de las fábricas. Así, CIA abre inmediatamente su nueva fábrica de Salamanca; ECAYA amplía y moderniza las instalaciones en Peñafiel; SGA retrasa la ampliación y mejora de la fábrica de Benavente, desviando su materia prima hacia la cercana de Veguellina de Orbigo, fábrica que pesará sobre el futuro de la Azucarera del Esla como una verdadera espada de Damocles en estos años; la Sociedad Industrial Castellana, amplía levemente la de Burgos, pero los problemas y desavenencias en el seno de la Sociedad, así como la escasa viabilidad de la fábrica, limitan toda iniciativa.

De esta forma, en la campaña 1964-65 el número de sociedades azucareras se había reducido a cuatro, que contaban, cada una de ellas, con tres fábricas; el equilibrio y la estrategia de entendimiento se mantenían. Sin embargo, esta situación duró muy poco tiempo. En efecto, SIC, en la campaña 1965-66 se deshizo de algunos terrenos en Burgos y Granada (los pertenecientes a las sociedades de su propiedad) y enajenó sus activos en Cementos la Robla, SA. Existían indicios de que se estaban minando las bases de la en otro momento importante sociedad castellana; estos problemas no se pueden entender desde una óptica exclusivamente financiera. La Sociedad gozaba de un fuerte prestigio y sus acciones se cotizaban al alza, pero existían unas claras desavenencias dentro del Consejo de Administración⁶⁶. Todo parecía indicar que había dos grupos o tendencias; por una parte, lo que podríamos denominar la línea continuista, que pretendía potenciar y dinamizar la producción de azúcar ya que contaba con una sólida implantación y un plantel de técnicos y directivos de reconocida capacidad como para hacer de esta sociedad una de las más pujantes dentro de las limitaciones que imponía su tamaño. Por otro lado, una segunda línea dentro del Consejo, estaba menos interesada en el negocio azucarero que en

⁶⁶ Las observaciones que se exponen son el resultado, ante la falta de información escrita disponible, de la entrevista mantenida con un buen conocedor de la cuestión, el ya mencionado D. José María de la Cuesta, vinculado a la familia promotora de la Sociedad.

invertir en otras actividades que en esos momentos cobraban fuerza en Valladolid⁶⁷. En 1961 se produjo una escisión definitiva dentro del Consejo, con la retirada de un sector de gran peso económico e iniciativa dentro de la empresa, representado por la familia Cuesta, que abogaba por la continuidad, la renovación y dinamización del negocio azucarero. El triunfo de la línea partidaria de liquidar las acciones, que se encontraban a buen precio y estaban demandadas, determinó que la Sociedad Industrial Castellana fuera perdiendo el empuje y el dinamismo de décadas anteriores.

A esta situación se añadían las fuertes presiones del grupo ECAYA, que, para su expansión en el Duero, buscaba el control de la SIC, como había manifestado desde los primitivos intentos de 1928; ahora, en los años cincuenta, presionaba para adquirir el importante paquete de acciones que de nuevo estaban en manos del Banco Hispano-American y, con ello, controlar la Sociedad; pero, contrariamente a lo que aconteció en la primera ofensiva, el banco actuó como verdadero tapón frente a la penetración de Ebro, pero la falta de acuerdo e intención sobre la continuidad de SIC, llevó a ceder ante tales presiones, lo que acabó, en diciembre de 1967, con la adquisición por ECAYA del 95% del capital social de la SIC y, progresivamente, en los años sucesivos con el total.

“Como consecuencia de esta adquisición, el personal de dicha Sociedad queda integrado en el Grupo, con aplicación de sus beneficios y ventajas, y con plena equiparación de derechos en el ejercicio 1971-72.

Así se incorporan al Grupo las fábricas Azucarera Sta Victoria (Valladolid), Azucarera Sta. Elvira (León), Azucarera San Pascual (Burgos), la Finca “La Rasa” (Soria), y el 50% de Fermentos y Derivados SA, sociedad propietaria de una fábrica de Levadura Prensada en Vinaroz (Castellón de la Plana)”⁶⁸.

También incorporó las alcoholes de León y de Valladolid, localizada desde los años cincuenta fuera del recinto

⁶⁷ Entre ellas destacaba el caso de FASA-Renault, empresa que, al contar con respaldo “oficial”, ofrecía gran atractivo inversor.

⁶⁸ EBRO, Azúcares y Alcoholes, S.A.: *75 años de Ebro*, Edición conmemorativa de los 75 primeros años de la sociedad, Madrid 1986, pág. 40..

fabil, en los terrenos de la colonia de viviendas que la sociedad tenía en las Villas; pero, sobre todo, el grupo ECAYA adquirió, con el control de la SIC, un plantel de técnicos y directivos de gran cualificación, que fueron, en buena medida, los que capitanearon, ya dentro de la nueva sociedad, la estrategia en la producción de azúcar a escala nacional. Concluía así la existencia de la única sociedad azucarera regional, que, aunque en los últimos años había diversificado considerablemente sus actividades, continuaba siendo una empresa emblemática de la región y de la ciudad de Valladolid en la rama azucarera. Eran 68 años de vida de una de las empresas pioneras en la producción de azúcar, que había impulsado el cultivo remolachero en la provincia y, con él, el regadío, incluso directamente (Canal del Duero); al mismo tiempo, se cumplía, por fin, la aspiración que desde los años veinte había tenido el grupo Ebro en el Duero.

El panorama empresarial regional aparece, entonces, dominado por una gran Sociedad de fuerte implantación nacional, el grupo ECAYA, que contó con seis de los trece establecimientos industriales existentes desde finales de los sesenta, equivalentes al 50% de la capacidad instalada en la región, ejerciendo un claro control sobre la producción de azúcar en el Duero, frente al menor empuje de CIA y SGA, la cual nunca presionó sobre la SIC, quizá porque siempre había sido muy dependiente de la marcha del capital financiero que la sustentaba⁶⁹. Sin embargo, cuando el “reparto de poderes” en el Duero, y en el plano nacional, aparecía prácticamente pergeñado, se introdujo en el panorama industrial y empresarial un nuevo elemento.

En efecto, en la campaña 1967-68, curiosamente coincidiendo con el final de la SIC, se pone en marcha en Valladolid una nueva fábrica azucarera de promoción regional: la de

⁶⁹ En estos años la SGA atravesaba una seria crisis financiera. La sociedad contaba con una amplísima base de capital social pero con escaso patrimonio; a la par, la crisis de la Banca de Medina (vinculada a Fernández Araoz) que era una de sus bases financieras en los años sesenta, y posteriormente, del Banco Internacional de Comercio así como Banco Occidental, determinaron la escasa fuerza de la SGA en estos años.

la Sociedad Cooperativa Onésimo Redondo (ACOR). Una fábrica que cumplía, también por una de esas coincidencias curiosas, otra de las aspiraciones forjadas en los años treinta y en estrecha coincidencia con la primera ofensiva de ECAYA en el Duero: la creación de una fábrica de los remolacheros y para los remolacheros. La nueva sociedad azucarera aparecía con una estructura empresarial singular; frente a las sociedades civiles ordinarias, ésta era una sociedad cooperativa, la única en el panorama industrial remolachero-azucarero español.

5. LA AZUCARERA COOPERATIVA ONESIMO REDONDO (ACOR). LA SINGULARIDAD DE LA UNICA COOPERATIVA REMOLACHERO-AZUCARERA DEL PAIS

En medio de este reajuste industrial y empresarial de los años sesenta aparece en escena la primera fábrica de azúcar de remolacha con carácter de cooperativa de la región y del país entero⁷⁰. Su trascendencia justifica un análisis pormenorizado.

a) Las difíciles condiciones de partida de una antigua aspiración en el Duero

El nacimiento y consolidación de ACOR no se puede desvincular de un conjunto de hechos y factores —legales y coyunturales— que explican el que se afiance como la cuarta empresa azucarera regional e incluso nacional, tomando el relevo de la SIC.

⁷⁰ En sentido estricto, no es la única ni la primera fábrica de azúcar que existe con carácter cooperativo. Por estas fechas funcionaba, ya desde antiguo, la fábrica Cooperativa Azucarera San Luis, dedicada a la producción de azúcar a partir de la caña, instalada en Motril (Málaga). No obstante, sí es la primera fábrica azucarera cooperativa a partir de la remolacha, a la par que por su trascendencia y dinamismo posterior se le ha de considerar la cooperativa azucarera por excelencia.